

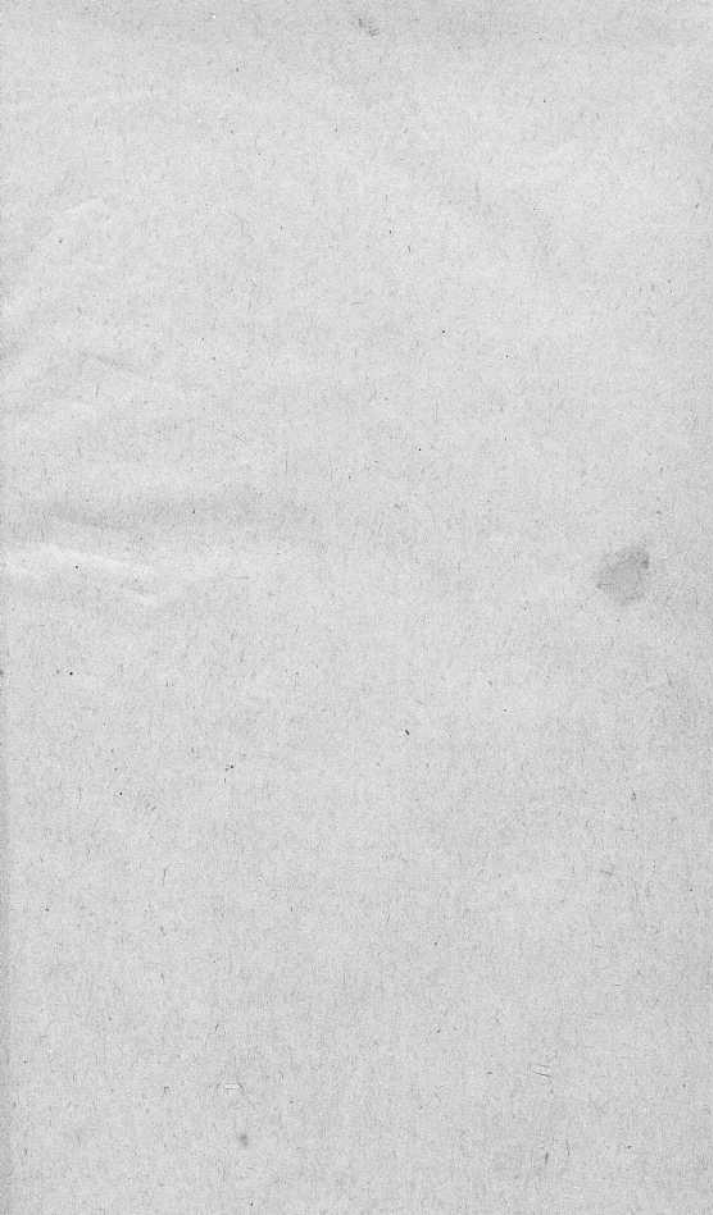
OS

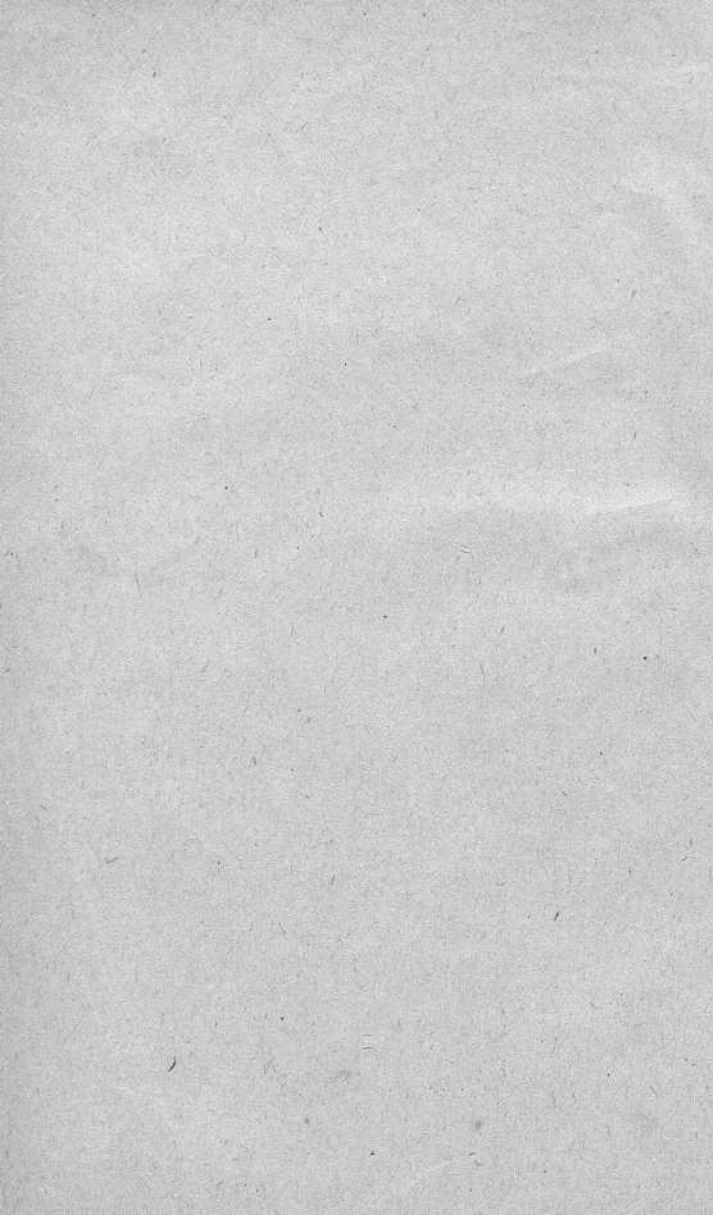
10.











LA  
CAJA DE AHORROS

POR

AUERBACH







## La Caja de Ahorros

---

**V**ERDADERAMENTE, decía un día el cerrajero Werner, en nuestros días ya no ocurren milagros; pero sucede alguna vez que un hombre cae al borde de un abismo, y de pronto se siente detenido en su caída por una mano que tiene un poder sobrenatural, y si reflexiona sobre lo que acaba de pasarle, aquel suceso parecele un milagro. Por mi parte experimento aún algo como el vértigo cuando pienso en lo que hubiese sido de mí, si el Angel de la Guarda, que vela al lado de todas las criaturas, no hubiese venido en mi auxilio y no me hubiese facilitado un último medio de salvación.

Sí, amigo Weber, vuestras máquinas de Jacquart son muy ingeniosas, y no me explico cómo tejen tantas cosas á la vez; pero el gran telar del mundo, en que la vida de cada hombre no constituye más que un solo hilo, es aún más maravilloso y más difícil de explicar. Cuando se mira de cerca ese hilo único, fácil es observar que, como los hilos de algo-

dón que hace poco mirábamos con el auxilio de microscopio, se compone de siete hebras. Voy á contaros cómo se formó el hilo de mi destino, y cómo faltó poco para que se rompiese.

Ya sabeis que siendo muy niño murieron mis padres y me quedé sin ningún pariente en el mundo. Era vivo y aturdido cuando comencé mi aprendizaje de cerrajero. Mi maestro, á quien habeis conocido, era, por el contrario, un hombre grave, reservado y taciturno, hasta el extremo de que, cuando hacía una seña ó pronunciaba alguna palabra, todos lo miraban como una cosa muy importante. Cuando por vez primera me pagó el sábado mi jornal, dijo: «Pedro, con la mitad de lo que has ganado puedes vivir, y esta otra mitad la dejo aparte para depositarla en la Caja de Ahorros.» Hízolo así, y cuando el maestro hablaba, nadie se atrevía á contradecirle.

El domingo de Ramos, antes de ir á misa, me llevó á la Caja de Ahorros. Registraron mi nombre en un libro muy grande, y me dieron una libreta en cuya primera página figuraba mi nombre y en la segunda mi depósito: siete escudos. La libreta, con unas cubiertas de papel plomizo y satinado, era tan fina, que me daba mucho gusto el tocarla. Mirándola experimentaba una alegría infantil, la alegría de ver el primer fruto de mi trabajo, y no hay nada en el mundo que pueda compararse á la felicidad de poder decir: «Ya posees algo, y lo has adquirido con tu honrado trabajo.»

Conservaba con amor entre mis manos la libreta, y miraba y remiraba mi nombre y la cifra de mi capital. Parecíame imposible que aquel fuese mi nom

bre, que aquella cifra representase siete escudos, que aquellos siete escudos fuesen míos, y que un hombre abandonase así su fortuna á otro hombre, sin más garantía que una línea escrita, y lo que es más grave, que en lo sucesivo le entregase también sus economías bajo las mismas condiciones. Mi alma experimentaba una sensación parecida á la que experimentaría si por vez primera entrase en el mundo y tratase de explicarme lo que en él pasaba.

No he conocido nunca primavera más hermosa que la del año 1846, en que hubo magníficas cosechas. Cuando veía la manera cómo los campos se cubrían de frutos y de granos, decía para mí: «También tú tienes un campo fructífero, por más que no le veas. Su cosecha aumenta, y si no, ahí está la libreta de la Caja de Ahorros.»

Estaba tan encantado con mi primera operación, que traté hasta de quitarme el vicio de fumar. La avaricia se apoderaba de mí, y no me daba tregua ni reposo para formarme un capitalito. Y le llevaba mis ahorros al concejal Menninger, que administraba gratuita y caritativamente la Caja de Ahorros, el cual me alentaba en mis principios de economía cada vez que escribía en mi libreta: «Depositado el día de la fecha: cinco escudos.»

Y, cosa extraña, la última vez que entregué mis ahorros, la alegría que experimenté no fué tan grande como la primera. Esto va muy poco á poco, me dije, y se necesita mucho tiempo para formar un capital regular. Pero muy pronto reprimí las reflexiones y recobré mi habitual alegría.

Cada vez que, ya de día ó ya de noche, pasaba por delante del edificio de la Caja de Ahorros, pen-

saba: «Ahí estás, mi querido dinero; ni de día ni de noche descansas para ganar tu interés. ¡Bravo! Yo vendré en tu auxilio y te daré hijos.»

¿Por qué no me callé estos pensamientos? Pero bien pronto comuniqué mis ideas á un compañero que era del Palatinado, motivo por el cual le llamábamos el Palatino. Encogióse de hombros, y soltó una carcajada al oirme.

—¿Y qué piensas hacer de esa miseria?—me dijo. —Las gentes ricas que beben bien y comen mejor, pueden dejar su dinero para que gane interés; pero el que hace tal sin poseer aquellas ventajas, es un pobre majadero.

Estas palabras no me inquietaron mucho, porque yo no era ni un pobre ni un majadero, pero me produjeron una ligera impresión. Hay en todos los hombres dos naturalezas capaces de conmovirse. Empecé por fumar de nuevo, y continué por hacer otros gastos. Ocurríase me que debía gozar de la vida durante la juventud, y que se necesitaba mucho tiempo para formar un modesto capital por medio de la privación. Sin embargo, aquel nuevo género de existencia no me hacía más feliz. Los domingos, para entretenerme, sacaba la libreta del baúl, y era grande mi alegría al ver que todo cuanto me pertenecía estaba perfectamente detallado. Había allí una cuenta de intereses por sueldos y por dineros, la cual, por más que la estudiaba, no podía demostrarme á punto cierto qué interés me daban mensualmente mis doce escudos. El Palatino, que era muy hábil en eso de calcular, me lo explicó céntimo por céntimo; después hizo la caritativa adición de una carcajada, y arrojando al aire la libreta,

exclamó: «Mirad cómo vuela la fortuna del gran capitalista Pedro Werner»

La libreta cayóme sobre la cabeza, y me pareció que había sufrido una gravísima ofensa. Al recogerla estuve á punto de pedirla perdón; después la cerré en el cofre, y ya no se la volví á enseñar á mi compañero.

Allá por Navidad estalló en la ciudad un horroso incendio. Antes de que se pudiese llevar socorro, la casa en que estaba establecida la Caja de Ahorros fué invadida por las llamas. ¡Cuán grande fué mi dolor al saber que los registros del depósito se habían quemado! Toda mi fortuna estaba allí inscrita. El Palatino, testigo de mi dolor, soltó una carcajada. «¡Qué tonto eres! me dijo. ¿Por qué lloras? La ciudad garantiza los depósitos de la Caja de Ahorros. Tienes tu recibo, y el Estado te lo debe de abonar.»

Esta reflexión me tranquilizó. Saqué mi libreta; se la hice examinar de nuevo á mi compañero, y después de verla, me dijo que todo estaba en regla.

Como dormíamos juntos, á media noche me despertó y dijo: «Pedro, podemos ser ricos, y como los ricos, no tendremos más que pasearnos y dejar que el dinero realice su interés.»

Pensé que soñaba; pero añadió que debíamos marcharnos á California, en donde la tierra dá mucho oro.

—No me desagrada la idea, le contesté; pero ¿quién nos facilitará el dinero que se necesita para emprender el viaje?

—¿No tienes la cartilla de la Caja de Ahorros?

—Pero tú mismo has dicho que es una miseria.

—Ya haremos que no lo sea, contestó encendiendo la lámpara. Tengo una idea. Levántate y enséñame la libreta.

Obedecí, y, no sé por qué, parecíame en aquel momento que la cifra de mis economías iba á transformarse en cientos y miles de escudos.

—¡Magnífico! exclamó el Palatino cuando hubo examinado mi libreta: ¡magnífico! ¡magnífico! A nadie le podrá caer la menor duda; recibido el día de la fecha cinco escudos. Vas á ver mi talento: de la frase *cinco escudos* voy á hacer *quinientos thalers*, y cuando lo cobremos, ya habrá dinero para ponernos en camino é ir á buscar los tesoros de California.

Al oír esto, temblé de piés á cabeza, y le dije:

—Amigo mio, eso no debe hacerse, y por lo tanto no lo consentiré.

—Déjame estar y verás cuán fácilmente se hace.

Resistíme aún, pero una fatal curiosidad desperatóse en mi interior, y le dije:

—Veamos cómo lo vas á hacer. Pero antes prueba en un pedazo de papel, porque si no, echarás á perder mi libreta y lo perderé todo.

Era un crimen aquello. Abrigaba la esperanza de que el ensayo no surtiría resultado, y me libraría de aquel culpable propósito, y sin embargo, deseaba que la prueba saliese bien. Hay momentos en que el hombre parece dominado por el vértigo.

—Déjame, añadió con viveza el Palatino, y no me turbes, porque si no, me temblará el pulso y todo lo echaremos á perder.

No pude resistir. Crucé los brazos sobre el pecho, y ví temblando cómo corregía las palabras escritas en mi libreta; después le ví secar la tinta con el aliento, y cuando acercó la hoja á sus labios parecía que me arrancaban el corazón. Después tomó un cuchillito y raspó algunas letras. Temblaba todo mi cuerpo, y sin embargo, aún me decía: «Ya eres rico, y lo serás más.»

Miré lo que acababa de hacer. En la hoja del libro se leía *Recibido el día de la fecha: quinientos thalers*. Nadie podía notar la menor falsificación, y el registro se había quemado.

El Palatino púsose á saltar, brincar y cantar; después me dijo:

—Ahora empieza el baile con más alegría. Después lo continuaremos en América.

Nos acostamos de nuevo, y ya en la cama, pintóme un mundo maravilloso, que me encantaba. Ya me veía atravesando el mar y almacenando barras de oro; después poseía un carruaje tirado por cuatro caballos magníficos; un criado que, á una señal, me presentaba una gran pipa de espuma con adornos de plata, y otro, que me llenaba las copas de Champagne. A mi lado estaba mi mujer, con un sombrero adornado con velo verde.

Después de haber fantaseado sobre todo esto, durmióse mi compañero, y yo hice otro tanto. De repente me desperté, como si hubiese sido víctima de una borrachera. Todo lo que había pasado lo veía claramente. Allí, delante de mí, estaba el cofre abierto y encima la libreta, iluminada por la luna. Salté de la cama para rasgar la hoja falsificada. Quiero perderlo todo, me dije; pero no tuve fuer-

zas para realizarlo. ¡Le tenía tanto cariño á la libreta! Me acosté de nuevo y me dormí profundamente.

Al otro día el maestro me preguntó si estaba enfermo, en vista del aspecto inquieto y fatigado de mi rostro. No supe qué contestarle, y cuando su mujer y sus hijos me dirigían alguna palabra cariñosa, oprimíase mi corazón. Se figuran, pensaba, que aún eres un hombre honrado, porque no saben que has hecho lo que no debías. El día en que lo descubran te plantarán en el arroyo. Algunas veces, cuando estaba comiendo, parecíame que de pronto iba á aparecer un agente de policía encargado de prenderme y conducirme á la cárcel. Entonces me llevaba la mano á la boca temeroso de pronunciar una palabra que me denunciase. Era tal el miedo que tenía de cometer una torpeza, que siempre que me preguntaban me costaba trabajo contestar. Necesitaba reprimir el pensamiento que me asaltaba.

Aun ahora, ya lo sabéis, y mi Catalina lo repite con frecuencia, que no hay nada que me cueste tanto trabajo como guardar un secreto. Esto es tan cierto, que cuando sé algo que no debo decir á nadie, sufro lo mismo que si llevase un vaso en el bolsillo y temiese que lo rompiesen de un golpe. Figuráos, pues, las dificultades con que tropezaría para guardar aquel secreto que abrumaba mi conciencia. Así es que no me atrevía á llevar nada á la Caja de Ahorros, y daba un gran rodeo para evitarme el paso por la calle en donde la habían instalado de nuevo.

No podía hablarle á nadie de mis angustias más



que al Palatino. Y cuando le preguntaba si era posible que viviese tranquilamente el que había cometido un crimen, se echaba á reír, y me contaba un sinnúmero de picardías, añadiendo que era un majadero todo aquel que no tomaba cuanto estaba á su alcance.

Aumentóse el número de nuestros compañeros, porque el maestro tenía mucho trabajo, y como la habitación la llenaban los recién venidos, no podía conversar con el Palatino más que de tarde en tarde. Un día que trabajábamos en la cárcel, me dijo:

—Aquí están encerrados todos los tontos; pero nosotros seremos pronto ricos y nos pasaremos en coche como ellos.

Poco á poco fuí recobrando la tranquilidad en vista de que nadie tenía noticia de nuestro delito. Pero cuando al aproximarse las fiestas de Navidad, los hijos del maestro vinieron una mañana y se pusieron á saltar á mi alrededor, diciendo: «Sabemos una cosa que no queremos decir,» sus palabras me penetraron en el corazón como la hoja de un cuchillo. Aquellas inocentes criaturas sabían lo que su padre preparaba para dárnoslo como aguinaldo, y gozaban con su secreto, mientras que yo guardaba en el fondo del corazón el secreto de un crimen, que si no se había cumplido ante los hombres, estaba consumado á los ojos de Dios.

El día de Noche-Buena, la criada del concejal Menninger vino corriendo al taller, y como me encontrase á la puerta, dijo que fuese precipitadamente á casa de su señor con todas las herramientas.

—¿Y he de ir yo precisamente? ¿No puede ir otro? le pregunté.

—Me ha dicho que te buscase. ¡Vamos de prisa!

—Espera un momento y te acompañaré.

El nombre del concejal me había asustado. ¿Sabrá acaso, me preguntaba, la falta que he cometido? A nadie le había enseñado mi libreta, y no pensaba hacer uso de ella hasta la primavera.

Cuando la conciencia no está limpia, en todas partes se ven fantasmas, porque los malos espíritus de una conciencia dañada bailan á nuestro alrededor. Por más que pensaba que para prenderme habría enviado un agente de policía en vez de la criada, no podía tranquilizarme y tenía miedo de todo.

Sin embargo, me puse en marcha con la joven, en cuyo semblante rebosaba la honradez, la bondad y la juventud. Cualquiera hubiese dicho que en sus ojos brillaban las puras luces de los cirios de la misa de Noche-Buena.

—¿Por qué me miras así? le pregunté por el camino.

—Mi padre era cerrajero como tú, me contestó, y muchas veces me decía: «El cerrajero es lo mismo que el cura y el médico: al primero se le confía el alma; al segundo el cuerpo, y al tercero la fortuna. San Pedro es nuestro patrono, porque para muchos la llave de la gaveta es la llave del Paraíso.»

—No tienes nada de tonta. ¿Y cómo te llamas?

—Catalina.

—Lo mismo que mi madre.

Llegamos á casa del concejal, en donde todo estaba iluminado y caliente. Subí al primer piso, y

me introdujeron en una habitación cubierta de blandas alfombras. De las paredes colgaban cuadros con anchos marcos de oro. En medio de la sala había un diván circular de terciopelo, adornado con plantas en flor. Este es el lujo de los ricos, me decía, y palpitaba mi corazón.

El concejal me entregó un elegante cofrecillo, cuya llave se había roto, y me mandó que le abriese. La cerradura era inglesa, y no llevaba conmigo los instrumentos necesarios para tocar el resorte. Fui por ellos, y cuando volví, el concejal dijo á Catalina:

—Tengo aún muchas cosas que arreglar; quédate con el cerrajero.

—Bueno, contestó la jóven.

—¡Qué bien alhajada está la casa! le dije á Catalina. Mucho trabajo debe costarte dejar estas magníficas alfombras para irte á vivir á una casita pobre.

—Ya tengo edad para pensarlo, me contestó Catalina. Dices que no soy tonta, porque te crees más inteligente que otros muchos, y sin embargo, no sabes las cosas que pasan en el mundo. Cuando se vive en una casa lujosa, se acaba por saber que lo mismo importa comer con cuchara de oro que con una de estaño; lo mismo pisar alfombras que ladrillos desnudos. Lo esencial es que se viva en paz, seguir un camino recto y tener una conciencia honrada.

Cuando oí esto, cayóseme la herramienta y no pude encontrar el ojo de la llave. Una nube obscurcía mis ojos; Catalina soltó la carcajada y díjome que yo no era tan hábil como creía. Por fin, después de muchas tentativas, abrí el cofre, y mis

ojos se desvanecieron ante lo que contenía. Sobre una almohadilla de terciopelo azul brillaba un aderezo de diamantes.

Catalina dirigióse á la puerta y llamó á su señor. Pero apenas el concejal echó una ojeada sobre el estuche, agarróme la mano y dijo: «Aquí falta el alfiler, un alfiler con un diamante muy grueso.»

Yo temblaba como la hoja en el árbol, y pensaba: «Te han hecho venir para ponerte á prueba, y ahora te llevarán á la cárcel.» Ya estaba á punto de echarme de rodillas, cuando la voz de Catalina me sacó de mi estupor.

—¿Qué decís?... exclamó. Yo estaba presente.

—¡Silencio! También te registraremos á tí. ¡Quédate!

Llamó á su mujer, y le dijo que pensaba regalarla un aderezo de su madre, y que había visto que faltaba la pieza de más valor. Después volviéndose hácia mí:

—Si no quieres que te registre, me dijo, mientras mi mujer registra á Catalina, llama á la justicia.

—¡Yo! ¡También yo! exclamó la jóven.

Al ver á aquella honrada muchacha ultrajada por una odiosa sospecha, renuncié á la resolución que había tomado y me dejé registrar.

No puedo decir en este momento lo que entonces experimenté, y aún tiemblo al pensar el efecto que aquello me produjo. Me parecía que en vez de un hombre, yo era peor que un esclavo, un animal inmundo. Los escrúpulos que hasta entonces había tenido, se apagaron. Se cometía una injusticia conmigo, y esto me sublevaba. Después de aquel acto de crueldad, mi falta parecía una puerilidad.

Mi indignación tomó mayor vuelo cuando ví que también á Catalina la trataban de igual manera; cuando otra criada que entró en la habitación dijo que tal vez se lo hubiese escondido en los cabellos, y cuando ví á la pobre jóven, pálida como la muerte y con las facciones descompuestas. Entonces maldije al mundo, á los grandes, á los pequeños y á cuantos puedan torturar á un corazón inocente. Los pobres son en casos parecidos peores que los ricos, porque éstos no saben lo que se hacen cuando pisotean nuestro honor; pero aquella otra criada, aquella horrible criatura gozábese viendo la injuria inferida á su compañera. Sí, maldije al mundo y á cuantos en él viven.

Como era natural, el concejal y su mujer nada nos encontraron ni á ella ni á mí. No recuerdo ahora las ideas que se me ocurrieron. Sólo tengo presente que al salir le dije á la jóven: «Tómalo todo con paciencia, que ya te recompensaré de lo que has sufrido por mí.»

Salí, y anduve errante por las calles poseido de verdadera rabia. Por todas partes brillaban las antorchas y sonaba la alegría de Noche-Buena. Pero en mí se había apagado la luz del alma.

El Palentino llegó al colmo del júbilo cuando le conté lo ocurrido. Ya ves, me dijo; tú, que eres un hombre honrado, acabas de sufrir el trato que nos dan los poderosos. A los que no tienen títulos ni fortuna los tratan como á ladrones. Creo que ahora no tendrás ningún escrúpulo en quitarles todo lo que les puedas quitar.

La afrenta que acababa de recibir ahogaba, en efecto, la voz de mi conciencia. Al día siguiente an-

duve también á la ventura, maldiciendo á los que iban á misa sin acordarse de los sufrimientos de los seres ultrajados. Cuando menos lo pensaba, encontré á Catalina.

—No puedo ir hoy á misa, me dijo, pero tú irás por mí y le pedirás á Dios que aleje de nuestro pensamiento toda idea de venganza ó de ódio. Perdona á los que nos han ofendido, como yo los perdono.

Y diciendo esto, marchóse. Yo penetré en el templo, prometiéndome no decir nada á el Palatino. Rogué por Catalina, pero no pude hacer otro tanto por mí. Sin embargo, mi espíritu se tranquilizó bastante.

Desde aquel día busqué continuamente á Catalina, pero pocas veces la pude hallar. Una vez djome que tenía miedo de que nos viesen juntos, porque esto podría acrecentar las sospechas.

Algún tiempo después, un día en que estaba irabajando para la cárcel, entró de pronto Catalina; me entregó un candado, al que faltaba la llave, y me suplicó que la hiciése para el día siguiente. A la hora fijada entré en casa del concejal. Catalina barría la escalera, y en cuanto me vió, cogióme la mano.

—¡Dios sea alabado! me dijo. ¡Ya estamos completamente justificados! El señor ha recibido hoy una carta de su hermana, diciéndole que era ella quien se habia olvidado de colocar el alfiler en el estuche.

—¿Y el concejal, no me pide perdón?

—Sí que quería, pero lo ha pensado mejor, y me ha dicho que te lo pidiese en su nombre.

Comprendí que la jóven atribuía á su señor una

intención que no había tenido. Después me lo confirmó, diciendo que no guardase ningún resentimiento por lo ocurrido.

—¡Tú debes haber cometido, me dijo, alguna falta secreta! Pues bien, acepta tus sufrimientos como una expiación.

—Sea, le contesté.

Catalina alegróse de mi resignación. ¡Excelente criatura! No había heredado, como la mujer del concejal, un aderezo de brillantes; pero su madre había depositado en su corazón los sentimientos cristianos que se transmiten de generación en generación, y que ninguna circunstancia logra borrar.

Sentíme verdaderamente confundido en su presencia, y le dije que mi mayor alegría hubiese sido la de que viviese aún, para tener la dicha de que me llamase su hijo.

Aquella casa del concejal, en donde había experimentado angustia tan cruel, me facilitaba aquel día inmenso placer. Reconocida mi inocencia, y siendo ahora Menninger quien debía avergonzarse, tenía que agradecerle al triste incidente de Noche Buena la felicidad de conocer á Catalina, la cual me prometió bailar conmigo en la plaza el domingo de Carnaval.

No me he sentido nunca tan feliz como aquel domingo. Díjele á Catalina que deseaba ser rico y ofrecerle un magnífico carruaje tirado por cuatro caballos. Prometiéndome ser fiel, aun cuando no le ofreciese más que un miserable albergue. No pude menos de experimentar una penosa agitación cuando pensé en el medio que iba á poner en práctica para conseguir mi objeto; pero el amor, el vino y

las advertencias de mi alegre compañero disiparon aquella última nube.

Lo que iba á hacer parecíame poca cosa, comparada con la humillación que me habían inferido.

Llegó el domingo de Ramos, y á instancias del Palatino, decidíme á cobrar el dinero para crear mi fortuna en la tierra y casarme con Catalina.

Hacía un sol magnífico cuando me dirigí á la casa en donde estaba establecida la Caja de Ahorros. Le supliqué al Palatino que me acompañase, pero no quiso.

Cuando divisé el edificio, mi corazón latía con violencia. En el tejado cantaba alegremente un pinzón. Como es tan fácil dejarse arrastrar por la superstición en estos momentos de angustia, dije: «Si el pinzón canta hasta que haya atravesado el lindar, seguiré atrevidamente mi proyecto; pero si calla, vuelvo piés atrás, y quemo la libreta.» Cuando estuve cerca de la puerta, el pinzón dejó de cantar, y me marché. Sentíme desfallecer. Pero de pronto exclamé: ¿Qué significan esas tontas credulidades? ¿Por qué les atribuyo tanta importancia? Vamos ¡adelante! ¡Valor! ¡Probemos!»

Entré en la oficina. El concejal Menninger estaba allí arreglando las cuentas. En el primer momento me descorazoné; pero su presencia dióme nuevo valor. Aquel era el hombre que me había ofendido tan gravemente.

Esperé mi turno. El sudor me caía á ríos, y la libreta parecíame para siempre pegada á las manos.

Llegó mi vez. Presenté el recibo. El concejal púsose las gafas y examinó el papel un instante. Reinaba un silencio sepulcral. Solo oía el monótono



tic-tac del reloj y los latidos de mi corazón que golpeaban sobre el pecho.

—Habéis realizado buenas economías, me dijo por fin el concejal abriendo la caja. Acercáos. ¿Queréis dinero ó billetes?

—Billetes.

Dióme un rollo de papeles sobre los que se leía *cien escudos*, y me suplicó que los contase mientras sacaba el resto. Las manos temblábanme tanto, que no podía sostenerlos; y cuando me preguntó si había efectivamente cien escudos, le contesté con un signo afirmativo. Echó algunas monedas sobre el tablero, y mirándome fijamente, dijo de pronto:

—¿Sois el aprendiz de cerrajero á quien llamé el día de Noche Buena?

—Sí.

—Me alegro de veros. Muchas veces he sentido no haberos pedido mil perdones por las injustas sospechas que tuve en aquella ocasión, y que sin duda os debieron causar mucho mal. Después de haber transcurrido tanto tiempo sin reparar mi falta, he llegado á creer que habríais abandonado la población. Os reitero mi sentimiento por aquella falta, y si puedo repararla prestándoos algún favor, me lo podeis pedir. He sido injusto, y quisiera encontrar una ocasión... ¿Pero qué tenéis? ¿Estáis enfermo?

¡Ah! ¿Quién es capaz de decir la opresión que sentí en el corazón al oír aquello? Yo estaba allí, teniendo convulsivamente en una mano el rollo de billetes, y contemplando las otras monedas puestas sobre el mostrador. Jamás había contado tanto dinero. Me asaltó la idea de huir, abandonándolo

todo; pero cuando ví á aquel hombre, á quien odia-  
ba, y que me habí hecho maldecir á los demás  
hombres, tratándome con tanta dulzura; cuando me  
confesó con tanta humildad su falta, quedé venci-  
do, y un poder supremo me obligó á prosternarme  
ante la justicia eterna.

Caf de rodillas gritando:

—¡No! ¡no! soy un miserable. Tomad el dinero.  
Después lo referí todo.

El concejal era un hombre de excelente corazón.  
Al verme tan desesperado, levantóme y me dirigió  
palabras de consuelo. Después quiso hacer prender  
al Palatino, y no logré hacerle desistir de tal pro-  
pósito hasta que le hice comprender que una acu-  
sación dirigida contra él me complicaría necesaria-  
mente.

Mi peligroso compañero fué solo obligado á  
abandonar la ciudad.

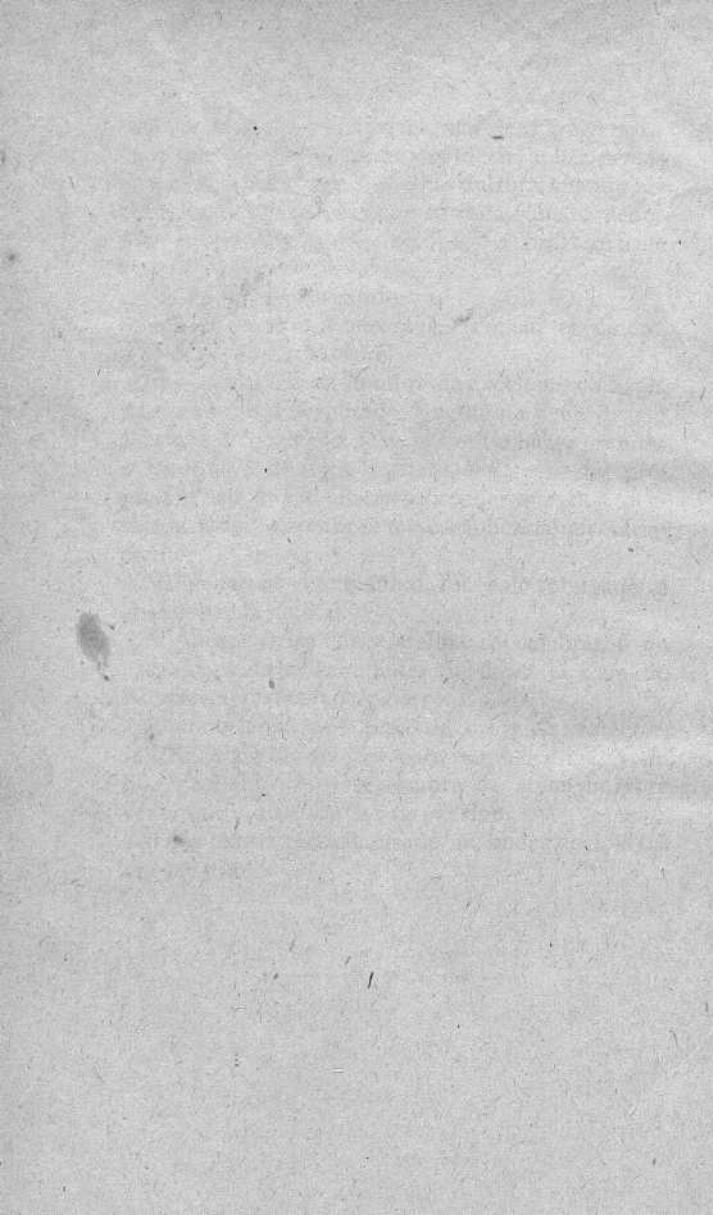
Mis desposorios con Catalina se celebraron en  
casa del concejal; pero antes de dejar la Caja de  
Ahorros, quemé mi carpeta.

El concejal ha sido para mí un buen protector.  
Me ha facilitado fondos para establecerme, y mi  
hijo Teobaldo lleva el nombre de aquel hombre  
venerable, que quiso ser su padrino.

- ¡Dios habrí recompensado mi buena acción! ¡El  
sea bendito!











# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.. 2800 | Precio de la obra.....

Estante... 61 | Precio de adquisición .....

Tabla..... 5 | Valoración actual.....

Número de tomos.. .....

28



VARIOS

1800